

JUAN RUIZ DE ALARCÓN

La cueva de Salamanca
El tejedor de Segovia
y
La verdad sospechosa

Prólogo de

GERMÁN VIVEROS MALDONADO

Cronología de

CRISTINA ARAGÓN VELASCO

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Universidad Nacional
Autónoma de México

ÍNDICE

PRÓLOGO. TEATRO EN NUEVA ESPAÑA Y JUAN RUIZ DE ALARCÓN	9
NOTA EDITORIAL	29
LA CUEVA DE SALAMANCA	31
EL TEJEDOR DE SEGOVIA	141
LA VERDAD SOSPECHOSA	261
CRONOLOGÍA	379
BIBLIOGRAFÍA	387

Prólogo

TEATRO EN NUEVA ESPAÑA Y JUAN RUIZ DE ALARCÓN

I. La dramaturgia en Nueva España surgió desde los primeros años del segundo tercio del siglo XVI (1536) por iniciativa de frailes franciscanos quienes, aprovechando los antecedentes dramáticos medievales y el sentimiento religioso prehispánico, se sirvieron del teatro como recurso para evangelizar a los indígenas hablantes de náhuatl, es decir, que los religiosos consideraron el teatro como un medio educativo —moralizador y dogmático—, y no como mero espectáculo de entretenimiento, pues pensaban —como ya ocurrió desde la Antigüedad— que el conocimiento penetraba más fácilmente por los ojos que por los oídos; así, a la originalidad de intención fue añadido el atractivo visual, consistente en la inclusión de flores, animales vivos y hechos fantásticos. Con tales recursos, los frailes, apoyados por el trabajo preparatorio y actoral de indígenas, escribieron en náhuatl y llevaron a rústicos y vistosos escenarios incipientes textos teatrales aún conservados y traducidos al español, además de a otros idiomas. Este modo de teatralidad perduró alrededor de cincuenta años —hasta

1580, aproximadamente—, tiempo en el que los franciscanos decidieron suspender esa práctica, por considerar que estaba alejándolos de su inicial propósito cristianizador.

Al anterior modo de teatralidad le siguió el ofrecido en conventos, y particularmente el hecho y escenificado por jesuitas en sus colegios, pero ninguno de los dos con intención evangelizadora sino de celebración acorde con el calendario eclesiástico: conmemoración de un santo patrono, inicio o conclusión de cursos en los colegios ignacianos, aniversario de un rectorado o priorato, la llegada de un nuevo virrey o del cumpleaños de alguna autoridad eclesiástica. Destinataria de esta actividad teatral era la propia comunidad monacal o colegial jesuítica, a la que en ocasiones se sumaban autoridades civiles y destacados pobladores criollos, quedando excluidos indígenas y negros. Es pertinente señalar, además, que los jesuitas también veían en el teatro un modo de preparar a sus novicios para la práctica de la homilía, con lo cual la teatralidad jesuítica constituía parte de su sistema educativo (*ratio studiorum*). De tal dramaturgia son conocidas algunas obras escritas en latín, razón por la cual permanecen casi ignoradas y menos traducidas. Se dispone de nombres de autores y textos representativos de esta modalidad teatral pero no de la información exhaustiva pertinente; sin embargo, las noticias aprovechables permiten darse idea de la índole de estas creaciones y de su mérito literario; empero, no es éste el lugar adecuado para discurrir con detalle acerca de este asunto; vale la pena añadir sólo que promotores y actores de este género teatral eran los propios integrantes de la comunidad jesuítica, quienes en ocasiones presentaban el resultado de su composición teatral en conventos de religiosas

que pedían a los ignacianos colaboración autoral para sus claustros.

Casi al mismo tiempo de esta dramaturgia surgió la pensada y escrita para su representación en edificios construidos *ex profeso*, llamados “coliseos” o simplemente “teatros”; algunos estudiosos se refieren a ella como “teatro profano”, para distinguirla de las dos precedentes, relacionadas en esencia con el ámbito eclesiástico.

La teatralidad de coliseo tuvo amplia difusión en ciudades como Puebla y Veracruz, además de la capital del virreinato, sitios en donde los coliseos fueron muy populares y atrajeron público de toda índole, seducido por la variedad temática y sus recursos espectaculares. Era el entretenimiento urbano por excelencia, que en ocasiones se combinaba con peleas de gallos o corridas de novillos que lo hacían más atractivo y por añadidura buena fuente de ingresos en beneficio de las finanzas de los hospitales, este afán determinaba la prolongada actividad en los coliseos, que se extendía a lo largo de todo el año, exceptuada la cuaresma por ser tiempo de recogimiento según la perspectiva católica. Era un espectáculo programado y bien organizado por autoridades civiles que veían en el teatro un recurso útil para la educación cívica, criterio que, de hecho, asignaba al teatro una básica finalidad ética y secundariamente de entretenimiento. Para realizar este propósito los gobernantes actuaban en colaboración con compañías teatrales profesionales autorizadas por el propio gobierno, el cual ejercía control absoluto sobre esta modalidad teatral, al grado de aplicarle una supervisión y censura rigurosas, sin las cuales era impensable incluir una comedia, ni siquiera en la programación mensual correspondiente; había hasta el riesgo de que una pieza teatral,